

## II.

Desde los primeros días existió entre los recién casados un ligero sentimiento de frialdad; en ella nacía ese sentimiento de la amarga decepción que le causaba encontrar el amor y la pasión tan diferentes de lo que ella esperaba; en él era el enfriamiento natural á un hombre pagado de sí mismo y que no se siente apreciado. Madame de Maurescamp, sin embargo, á pesar del caos que se agitaba en su mente, mostraba á su madre y al público esa frente serena é impasible que sorprende siempre en las recién casadas, y que demuestra el gran poder que las mujeres tienen para el disimulo. La organización de su nueva vida en su magnífico hotel de la Avenida de l'Alma, el aturdimiento de las fiestas que siguieron á su matrimonio, el deslumbramiento que los soberbios trenes, los adornos y vestidos, y todo el lujo que

la rodeaba le causaron, porque ella era mujer, la ayudaron, sin duda, á atravesar sin demasiada reflexión ni abatimiento los primeros tiempos de su matrimonio. Pero los goces del lujo y de la vida material, á más de que no eran enteramente nuevos para la hija de Mme. de Latour Mesnil, son de aquellos que pasan pronto. Por otra parte, ella había vivido con su madre en una región demasiado elevada para contentarse con las banalidades de la existencia mundana, y en medio de su torbellino, dominábala á cada momento la nostalgia de las alturas. El sueño más querido de su juventud había sido continuar con su esposo, en medio de la más tierna y ardiente unión de sus dos almas, la especie de vida ideal en que su madre la había iniciado, compartiendo con ella sus lecturas favoritas, sus pensamientos y sus reflexiones sobre todas las cosas, sus creencias y hasta sus entusiasmos por los grandes espectáculos de la Naturaleza ó por las bellas obras del genio. Júzguese hasta qué

punto M. de Maurescamp debía prestarse á aquella union. Rehusó desde el principio á su esposa esa vida ideal tan saludable á todos, tan necesaria á las mujeres, no sólo por grosería y por ignorancia, sino tambien por sistema. Sobre este punto profesaba la teoría de que el espíritu romántico es la principal y aún la única causa de la perdicion de las mujeres. En consecuencia, estimaba que todo lo que contribuye á exaltarles la imaginacion, la poesía, la música, el arte en todas sus manifestaciones, y hasta la religion, no debe permitírseles sino en muy cortas dosis. Más de una vez su jóven esposa trató de interesarle en lo que á ella misma le interesaba. Tenía bonita voz, y le cantaba los aires que eran de su gusto; pero desde que su canto se apasionaba un poco,

—No, querida, no—exclamaba su marido bruscamente—no tanta alma, ó me desvanesco.

Gustábanle los poetas y novelistas ingleses; hizo á su marido grandes elogios de

Tennyson, de quien era apasionada, y empezó á traducirle un pasaje. Monsieur de Maurescamp se puso con la misma brusquedad á dar fuertes voces y á golpear con las dos manos las teclas del piano para no escucharla. ¡ Ah! pretendia quitarle el gusto por la poesía, sin sospechar que más bien se exponia á disgustarla de la prosa. En el teatro, en las exposiciones, en los viajes, repetíanse las mismas burlas y las mismas glaciales vulgaridades á propósito de todo aquello que despertaba en su esposa una emocion un poco viva.

Madame de Maurescamp, por consecuencia de este sistema, fué poco á poco acostumbrándose á encerrar en sí misma todos los sentimientos que hermocean la vida para los seres delicados y generosos. No viendo llamas al exterior, M. de Maurescamp creyó que el incendio estaba apagado, y se glorificó de ello.

—Todas estas endiabladas mujeres—decía en el círculo á sus amigos—andan siempre por las nubes, y por eso acaban mal. Yo

he escogido la mia muy jóven, y he soplado sobre todas sus necedades románticas. ¡ Ahora ya está tranquila y yo tambien ! ¡ Ah, sí ! Es preciso que la mujer se mueva, que se pasee, que corra las tiendas, que visite á sus amigas, que monte á caballo, que cace: hé ahí la verdadera vida de la mujer..... de esa manera no le queda tiempo para pensar..... ¡ es lo perfecto !..... Miéntas que si se está en un rincon sublimándose con Chopin ó con Tennyson..... ¡ á paseo !..... ¡ todo está perdido !..... Este es mi sistema.

Era imposible que la pobreza de este sistema, y más en general la penuria intelectual de su marido, escapase á un espíritu tan penetrante como el de Mme. de Maurescamp. Su tono magistral y sus maneras autoritarias no la engañaron mucho tiempo. Los hombres no conocen siempre bien á sus mujeres, pero las mujeres conocen siempre perfectamente á sus maridos. No habia trascurrido un año, cuando los últimos velos y los últimos prestigios habian

caído. Madame de Maurescamp se veia obligada á reconocer que estaba unida para toda la vida á un hombre cuya inteligencia era muy escasa, y cuyos sentimientos eran bajos. Horrorizábase al empezar á comprender que despreciaba á su marido. Para una mujer que hace tales descubrimientos es un gran mérito no dejar de ser una esposa amable y sumisa. Madame de Maurescamp tuvo este mérito; mas para ello tuvo necesidad de recordar muchas veces que era cristiana, es decir, de una religion que ama las pruebas y el sacrificio.

Un acontecimiento bastante previsto, que se presentó dos años despues de su matrimonio, fué para ella un inmenso motivo de júbilo, ofreciéndole un dulce consuelo para su vida, y asegurándole por algun tiempo en su interior conyugal una independencia y una soledad relativas. El nacimiento de un hijo vino á darle la única alegría pura y completa que sintió desde el dia de su boda: esta dicha es de ordinario la única que efectivamente realiza todo

lo que la imaginacion habia hecho esperar del matrimonio.

Madame de Maurescamp quiso, como era natural, criar á su hijo ella misma; cumplió este deber con tanta más satisfaccion, cuanto que se le permitia ganar tiempo y prolongar, respecto á su marido, una situacion que le acomodaba perfectamente. Pero al fin llegó el momento en que fué necesario destetar al niño. Hacia este tiempo, M. de Maurescamp tuvo una noche la sorpresa de ver á su mujer á la hora de la comida con un peinado especial; habíase hecho cortar sus magníficos cabellos con el pretexto de que se le caian, lo cual no era cierto. Esperaba que este sacrificio penoso, afeándola algo, le evitaria otros más penosos aún. Habia contado sin la huésped. Monsieur de Maurescamp encontró, por el contrario, que ese peinado de recluta le daba cierta originalidad y atractivo. La pobre mujer tuvo que resignarse y dejar crecer de nuevo sus cabellos.

La libertad á qué ella aspiraba en el se-

creto de su corazon debia, sin embargo llegar por sí misma, y del lado que ella ménos lo esperaba. Una criatura noble y encantadora como ella era muy capaz de inspirar, no ménos que de sentir, la más profunda, la más ardiente y duradera pasion; hubiera sido digna de figurar entre las amantes inmortales de que la historia y la leyenda han consagrado los afectos imperecederos. Pero el amor de M. de Maurescamp no contenia ningun elemento imperecedero: era—para emplear una expresion de estos tiempos—un amor naturalista, y los amores naturalistas, aunque en nada se asemejan á la rosa, tienen, sin embargo, su efimeracion. Decíase desde hacía largo tiempo á sí mismo, y aún lo dejaba comprender á sus amigos, que se habia unido con una estatua bastante agradable á la vista, pero cuya frialdad hubiera desilusionado al mismo Pigmalion. Decíalo aún en términos ménos delicados, tomando sus comparaciones más gustosamente en la historia natural que en la mitología. En el fondo M. de

Maurescamp, que era de un natural muy celoso, no estaba descontento de una circunstancia, que le parecia ser una verdadera garantía de seguridad doméstica. En resúmen, despechado de verse desconocido, enojado de los escrúpulos y objeciones que se le oponian sin cesar, ocupado además en otra parte más agradablemente, retiróse definitivamente á su tienda, de la cual su mujer no trató de hacerle salir.

### III.

Porque una mujer renuncie al amor particular de su marido, no debe deducirse, como hacía M. de Maurescamp, que renuncia en general al amor. Tras los primeros desencantos de una union desigual, la mujer se repone del choque y se reconcentra; vuelve á empezar su sueño interrumpido; reforma su ideal, conmovido por un momento; se dice, y no sin razon, que es im-

posible que el mundo haga al rededor del amor tanto ruido para nada; juzga que es imposible que esta gran pasion, que llena la fábula y la historia, que ha sido cantada por todos los poetas y glorificada por todas las artes, eterna ocupacion de los hombres y de los dioses, no sea en realidad más que una vana y aún repugnante quimera; no puede imaginar que se rindan tales homenajes á una divinidad vulgar; que tan magníficos altares se levanten de siglo en siglo á un ídolo repugnante. El amor sigue siendo, pues, á pesar de todo y á traves de todo, la principal curiosidad de su mente y la perpétua aspiracion de su alma. Sabe que existe, sabe que otras lo han conocido, y se resigna difícilmente á vivir y morir ella misma sin conocerlo.

Es seguramente un peligro para la mujer conservar y alimentar, despues de las decepciones comunes del matrimonio, este ideal de un amor desconocido; pero hay para ella otro peligro más grande aún, y es de perderlo.

Madame de Maurescamp, por aquel tiempo, se unió por una estrecha amistad con madame d'Hermany, que tenía dos ó tres años más que ella. La amistad es la tentación natural de una mujer honrada que quiere continuar siéndolo y que siente vacío su corazón. Por muy satisfecha que estuviese de su reconquistada independencia, Juana de Maurescamp, que no tenía más de veinticuatro años, no podía mirar sin espanto la larga perspectiva de soledad y de angustia moral que se extendía delante de ella. Ni su madre, á quien ella ocultaba sus penas para no aparecer como haciéndole reproches, ni su hijo, demasiado niño para ocuparla siempre, ni áun su fe, turbada ya por la indiferencia irónica del mundo, podrían bastar á su inmensa necesidad de confianza, de expansión y de sosten. Lanzóse, pues, con todo el ardor tierno y exaltado de su alma en aquel sentimiento, que le pareció deber ser á la vez un consuelo y una defensa para ella.

Madame d'Hermany, á quien consagró

su amistad, era entónces, como ahora, una jóven llena de encantos; pertenecía á la variedad rara y exquisita de las rubias trágicas; sin ser alta, imponía por la perfección misma de su belleza, por el brillo extraño de sus ojos de color azul oscuro, y por el resplandor inteligente de su frente alta y pura: tenía en los ángulos de su boca fina un pliegue misterioso, que parecía causado por un amargo desden. Decíase que había sido muy desgraciada, y cierta conformidad en sus destinos parecía aproximarla á Mme. de Maurescamp. La habían casado, como á ella, con culpable ligereza; y como ella también, aunque por diferente camino, había llegado á ese divorcio amigable tan frecuente en los matrimonios del gran mundo. Habíase casado con su primo d'Hermany, jóven de físico agradable, pero de gustos y costumbres depravadas. La leyenda decía que no sólo había continuado su vida de soltero después del matrimonio, sino que la había hecho compartir á su esposa, sea por una especie de perversa maligni-

dad, que está bastante á la moda, sea simplemente por tontería. Habíala arrastrado tras de sí á las fiestas del mundo, á las reuniones de jóvenes, á los paseos y cenas de restaurant. Contábase que en una de estas cenas, á la cual asistia un príncipe extranjero, la jóven, indignada de la libertad del lenguaje que se permitian en su presencia, no pudiendo contenerse ya, habia abofeteado á uno de los convidados: pretendian unos que era á su marido, otros que al príncipe extranjero. Como quiera que sea, desde el dia de ese famoso bofetón, hubiérale ó no recibido él, M. d'Hermany habia sido invitado á considerarse como viudo. No lo sintió mucho, porque su mujer, cuya inmensa superioridad no podia él desconocer, le causaba tanto temor, que él se embriagaba siempre un poco para darse valor ántes de presentarse á ella.

Conocia Mme. de Maurescamp esta leyenda, que con poca diferencia era más bien una historia, y á ella añadía de su cosecha todo lo que podia hacer más interesante el

papel que habia representado Mme. d'Hermany. Figurábasela sumergida, con toda su inteligencia y toda su pureza, en un mundo infame, del cual la veia salir sin mancha y llena de indignacion, y complaciase en poner sobre su frente encantadora la aureola de los jóvenes mártires del Cristianismo. Halagada y conmovida por este culto adorable, Mme. d'Hermany la devolvía su afecto con ménos entusiasmo, pero con sinceridad. Espiritual, instruida, un poco artista, era capaz de apreciar los méritos de Mme. de Maurescamp y de corresponderle dignamente. Ella supo bien pronto los secretos de Juana, y Juana creyó conocer todos los suyos. Sus dos existencias se confundieron íntimamente. Juntas hicieron sus visitas y recorrieron sus almacenes; tuvieron el mismo palco en la Ópera y en el teatro Frances; asistieron juntas á los cursos de la Sorbona, y cuando llegó el verano, establecióse las dos en la misma *villa* en Deauville.

Allí ocurrió un incidente, que debia de-

jar huella profunda en los recuerdos de madame de Maurescamp.

Aunque su conducta era intachable, las dos graciosas amigas llevaban la vida del gran mundo y eran naturalmente muy obsequiadas. Una pareja tan bonita, como decia M. d'Hermany, no podia dejar de tener admiradores. Sus bailadores de París llenaban la costa, de Trouville á Cabourg. Ademas, M. de Maurescamp y M. d'Hermany, con la oficiosidad ordinaria de los maridos, tenian cuidado de llevar consigo todos los sábados algunos amigos. Los homenajes de todos estos *dillettanti* eran acogidos sin gazmoñería y sin familiaridad, con la naturalidad tranquila y sonriente que caracteriza á las mujeres del mundo que son honradas, y análogamente á las que no lo son. Por la noche, cuando madame de Maurescamp y Mme. d'Hermany se quedaban solas, complaciáanse, ántes de retirarse á sus habitaciones, en pasar una revista satírica de los pretendientes del dia; era lo que ellas llama-

ban la degollacion de los inocentes. Madame d'Hermany encontraba verdadera ferocidad en aquellas ejecuciones nocturnas. Entre los que trataba peor figuraba á la cabeza un jóven de nombre Saville, á quien se llamaba el bello Saville, y que era, decia ella, el director de cotillon más necio que habia visto en su vida. Madame de Maurescamp, ménos cruel, le encontraba de buena figura y buen carácter. A propósito de lo cual, Mme. d'Hermany le echaba en cara, riéndose, que tenía por los jóvenes un gusto de colegiala y de planchadora. En cuanto á ella, si por muchas razones no estuviera disgustada para siempre del amor y de los enamorados, no hubiera podido amar sino á un hombre ya formado y áun maduro, y hacía entónces de este hombre maduro, á quien hubiera amado, un retrato severo y magistral, que desgraciadamente no se parecia á nadie.

Hácia el fin de Agosto, Juana de Maurescamp se habia retirado una noche á su



habitacion para escribir á su madre ántes de acostarse. Habia dado ya la una cuando acabó su correspondencia. La noche era tempestuosa, y acercándose á una ventana, vió magníficos relámpagos que rayaban el horizonte é iluminaban silenciosamente el mar. A intervalos mezclábanse al espectáculo rugidos lejanos, semejantes á la voz del leon en algun desierto africano. Ella sabía que Mme. d'Hermany adoraba tambien las grandes escenas dramáticas de la Naturaleza, y creyéndola aún levantada (le habia dicho que iba tambien á escribir várias cartas aquella noche), bajó al piso inferior y llamó á la puerta de su amiga. No recibiendo respuesta, la creyó dormida; y ocurrióle entónces la idea de ir sola al piso bajo para contemplar mejor, á traves de las anchas ventanas del mirador los reflejos del relámpago sobre el Océano. Al abrir la puerta del salon, con su palmatoria en la mano, entrevió en la media luz dos formas humanas, que se levantaron bruscamente delante de ella: lanzó un ligero grito de

espanto, que ahogó en seguida al reconocer á Mme. d'Hermany, que se lanzó hácia ella, y cogiéndola de la mano, le dijo con viveza:

—¡ Callad !

Despues, volviéndose hácia un hombre que en medio del salon se mantenia de pié, en medio de una actitud llena de embarazo,

—¡ Vamos, véte!—le dijo.

El hombre saludó y salió por el jardin: era el bello Saville.

Madama de Maurescamp, en la extraordinaria sorpresa que le produjo este doble descubrimiento, dejó escapar de sus manos la palmatoria; y despues de algunos segundos de inmovilidad y de estupor, dejóse caer sobre un divan que estaba á su lado, cubrióse la cara con las manos y empezó á sollozar.

Madame d'Hermany, entre tanto, suelto el cabello, en el desórden de una cantante, iba y venía por el salon en medio de las tinieblas. Deteniéndose de pronto delante de Juana,

—¿Es decir, dijo, que me teniais por una santa?

—Sí—contestó simplemente Juana.

Madame d'Hermany encogió los hombros y volvió á dar algunos pasos. Luégo añadió bruscamente:

—¿Cómo habeis podido creer eso? ¿Cómo habeis podido imaginar que yo habia atravesado impunemente el cenagal en que mi miserable esposo me arrastró?

Juana no respondia una palabra; ahogábase.

—¿Sufris mucho, hija mia?

—¡Sí, mucho!

—¡Vamos, venid á respirar el aire! ¡Venid!

Cogióla por la mano y la levantó con cierta violencia, llevándosela fuera. La hizo sentar sobre el pequeño terrado y quedó de pié á dos pasos delante de ella, apoyada sobre una de las pequeñas columnas que sostenian la galería. Miraba fijamente el mar, sobre el cual seguian brillando claridades intermitentes. Despues

de un largo silencio, alzó de nuevo la voz:

—¡Sois loca, pobre Juana!—dijo.—

¡Sois loca, como yo tambien lo he sido, y como todas lo somos al principio de la vida! Despues de todo, mi marido me ha hecho un servicio sin quererlo..... me ha aliviado de mi exceso de idealismo. La verdad es, querida mia, que recibimos una educacion ridícula..... Esa educacion etérea nos falsea el espíritu..... La verdad es que no hay nada sobre la tierra—ni en el cielo, mucho lo temo—que pueda responder dignamente á la idea que se nos da de la dicha..... Nos educan como si fuéramos espíritus puros, y no somos más que mujeres, pobres hijas de Eva..... nada más..... Despues sentimos la necesidad de pisar la tierra..... ó de morir sin haber vivido..... Quien quiere hacer el ángel hace la bestia, ya sabeis..... ¡Ah, Dios mio! Nadie ha entrado en la vida con un alma más pura que yo, ni con más generosas ilusiones, os lo aseguro..... ni con más altas creencias..... Bien, ¿y qué? Yo

he reconocido..... un poco más deprisa que las otras, gracias á mi buen marido..... he reconocido que todo eso carecia de objeto, de aplicacion, de realidad..... que nadie me comprendia..... que yo hablaba un lenguaje extraño á nuestro planeta..... que yo era, en fin, la única de mi especie..... ha sido preciso que yo me resignára á caer..... que yo aceptára los únicos placeres reales que hay en el mundo..... Despues de haber soñado amores extraordinarios, he tenido que contentarme con un amor ordinario..... porque no hay otro..... porque es necesario cumplir su destino, y el destino de la mujer es amar y ser amada..... Ya lo veis, querida mia, ¿qué quereis? soy un ángel caído..... y trató de arrastraros en mi caída..... ¿no es verdad? ¿No es ése vuestro pensamiento?..... Lo leo en vuestros ojos á cada brillo de relámpago que pasa..... Por lo demas, la escena es completa..... Un cielo y un mar de fuego..... y yo aquí..... suelto el cabello..... y presentando mi frente al rayo..... ¡Muy poético! ¿no lo encontráis

así?..... Es igual, soy una miserable llena de orgullo al hablaros así..... ¡siempre es tiempo para aprender todo eso!

—¿Y por qué me lo decis?—preguntó Juana, que durante este extraño discurso habia recobrado un poco de calma.

—¿Acaso lo sé yo misma?—contestó madame d'Hermány. ¡Ah! ¡gracias á Dios! Hé aquí la lluvia.

Bajó dos ó tres escalones de la entrada, y expuso su frente desnuda á la lluvia, que empezaba á caer con toda su fuerza. Al mismo tiempo sacudia sus cabellos, y recogiendo anchas gotas de lluvia en sus dos manos, bañábase la frente.

—¡Entrad, Luisa, entrad! os lo ruego—dijo dulcemente Mme. de Maurescamp.

Ésta subió lentamente, y deteniéndose delante de Juana, dijo con acento altanero y breve:

—¿Será preciso decirnos adios, supongo?

—¿Por qué?—dijo Juana levantándose.—Yo no tengo la pretension de reformar el mundo..... Os ruego solamente que no me

30158

hableis jamas de vuestros amores ni de los míos..... sobre todo lo demas nos entenderemos bien.... vuestra amistad quedará siendo para mí un gran recurso..... y espero que la mia podrá seros tambien útil.

Madame d'Hernany la acercó á su pecho y la abrazó estrechamente.

—¡Gracias!—dijo.

Retiráronse á sus habitaciones. Dos horas más tarde, el dia naciente encontraba á Juana sentada al borde de su lecho, húmedas las mejillas por el llanto y fijos los ojos en el vacío.

#### IV.

Nada hay que turbe más profundamente nuestro estado moral que descubrir los desfallecimientos de aquellos que personifican para nosotros el bien y el honor, ya sean nuestros parientes, ya sean nuestros amigos. Cuando dejamos de estimar á aque-

llos en quienes habiamos colocado nuestra confianza y nuestro respeto, nos sentimos arrastrados á dudar de las virtudes mismas de que eran para nosotros la imágen sensible. Los falsos ídolos nos hacen sospechar de la religion misma.

Por esta razon, especiosa, pero muy humana, fué por la que Mme. de Maurecamp, despues de haber reconocido amargamente la indignidad moral de su amiga, cayó en un estado de duda y de abatimiento tan penoso como lleno de peligros. De un carácter demasiado elevado para romper ruidosamente una amistad que le habia sido tan querida y que era tan pública, no dejó por eso de sentir que aquella amistad habia muerto. Sin duda ella habia amado en Mme. d'Hernany sus cualidades reales, pero más aún las que ella le habia concedido. La aureola radiante que le habia puesto en la frente estaba apagada para siempre, y lo que es más triste, apagada en el fango, como un sol de fuegos artificiales. Hubiérale perdonado un amor